

COLECCIÓN ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna

Número 32

San José, Costa Rica, C. A.

Abril, 1913

CUENTOS INFANTILES

— DE —

FERNÁN-CABALLERO

INDICE

	<u>Págs.</u>
A los pequeños lectores.....	2
La abuelita Cecilia.....	3
La hormiguita.....	9
La niña de los tres maridos.....	14
Bella-Flor.....	20
El Pájaro de la Verdad.....	32
Los deseos.....	58
El Carlenco.....	65
Benibaire.....	70
El zurrón que cantaba.....	76

A los pequeños lectores

Con el nombre de FERNÁN-CABALLERO, suscribió sus cuentos populares e infantiles y sus narraciones de costumbres andaluzas, la ilustre escritora española **Cecilia Böhl de Faber**, que vivió de los años 1796 a 1877.

Sus cuentos populares e infantiles, sobre todo, siguen siendo de los más artísticos, graciosos y tiernos que se hayan escrito en castellano. Importa, pues, que FERNÁN-CABALLERO sea conocida y amada de Uds., al igual de una bondadosa abuela que sabe contar bonitos cuentos. No ha sido otro el objeto, al reproducir en este Epítome algunos de ellos.

EL EDITOR

Costa Rica, 1913.

LA ABUELITA CECILIA

EN el tiempo en que la conocí, contaba ya Fernán-Caballero más de setenta años y era entonces una viejecita pequeña, que no conservaba más restos de la espléndida hermosura de su juventud, que una boca roja y fresca cual si tuviera quince años y una dentadura blanca, igual y limpia como las teclas de un piano. Tenía los ojos azules, muy alegres y algo papujados, como los de Santa Teresa: la tez era nacarada, con algunas arrugas: los cabellos, blancos sobre su primitivo color, que era dorado, llevábalos formando cocas, con dos ricitos sobre las sienes, de aquellos que llamaban *nenes* en tiempo de las pei-

netas de teja y los trajes de medio paso. Su porte era de gran dama, y sus modales medidos, reposados y elegantes. Vestía ordinariamente de negro con gran sencillez, pero con suma pulcritud y esmero. Solía decir: «Las jóvenes se arreglan para parecer bien, y las viejas debemos arreglarnos para no parecer mal». Llevaba siempre y a toda hora, colgado del brazo, un bolsillo de tafetán negro, que contenía el pañuelo, las gafas, el rosario y limosnas para los pobres.

...La piedad embargó exclusivamente, desde entonces, ¹ la vida entera de Cecilia. Pero no era su piedad esa piedad femenil y rutinaria que se encierra en un círculo de fáciles devociones, laudables siempre, pero que no se elevan nunca a la esfera de la abne-

¹ Desde 1858, año en que murió su tercer marido, D. Antonio Arrom de Ayala.

gación y el sacrificio. Su piedad, por el contrario, eminentemente práctica, no desdeñaba estas devociones, sino que arrancaba de ellas y servíale como de suaves alas que la elevasen a otras obras más grandes y más prácticas de amor de Dios y del prójimo. El pobre fué siempre el objeto predilecto de sus piadosos afanes y en remediar sus necesidades morales y materiales empleó hasta el fin de su vida todos sus cortos ahorros, los recursos de su ingenio, la poderosa palanca de su influencia y hasta el trabajo de sus manos.

Encontrábasela de continuo en su gabinete, hundida en su poltrona de *reps* verde, leyendo siempre algún libro colocado en un atrilito giratorio, y trabajando al mismo tiempo con primorosa habilidad en hacer calceta, que luego daba a los pobres. Así recibía a todo el mundo, lo mismo a los desgraciados que acudían a ella en

demanda de auxilio, que a los grandes personajes que llegaban a prestarle el homenaje de su admiración y su aprecio.

En cierta ocasión pude yo admirar muy de cerca este maravilloso contraste.

Un día detúvome María, la doncella de Cecilia, en el salón que precedía al gabinete, diciéndome que la señora estaba ocupada y que presto despacharía. Salió, en efecto, Cecilia a muy poco, acompañando a una anciana miserable y llorosa que quiso, al despedirse, besarle la mano con muestras de gratitud ardiente. Era aquella infeliz la madre de un presidiario de la Macarena condenado por homicidio en el penal de Valladolid y trasladado por influencia de Cecilia al de Sevilla, a fin de que su buena y desdichada madre pudiese verle e influir en su corazón, no pervertido del todo.

Aún no había trascurrido un cuarto de hora, cuando entró de nuevo María en el gabinete, algo extrañada, anunciando que estaba allí el señor Gobernador con un matrimonio anciano, al parecer extranjero, que no había dado su nombre. Encogióse de hombros Cecilia y mandó que pasasen adelante. Era el caballero un viejo alto y muy derecho, con venerable barba blanca: la señora, bajita y de sencilla apariencia, cojeaba imperceptiblemente al andar. Yo no les conocía: mas al verles Cecilia hizo un gesto de gran sorpresa, y sin cortedad ni aturdimiento adelantóse vivamente a su encuentro. Eran los Emperadores del Brasil, don Pedro de Braganza y doña María Teresa de Borbón, hermana de nuestra Reina Cristina, viuda de Fernando VII.

En otra ocasión vino a visitarla un inglés de fama, cuyo nombre no recuerdo, porque esto no lo presencié

yo, sino que me lo refirió más tarde la misma Cecilia. Admiróse el personaje de encontrar a la célebre escritora haciendo calceta como la más humilde comadre de Triana o la Macarena, y en un brote de entusiasmo británico pidióle, como recuerdo suyo, la que tenía aún en las agujas. Mas Cecilia, con aquella chuscada andaluza que siempre tuvo y conservó hasta en sus últimos años, contestóle que aquellas medias eran demasiado bastas y que no era justo privar de su abrigo al pobre a quien se destinaban; pero que ella le haría otras más finas y se las daría con mucho gusto para que las conservase como recuerdo de su ingenio. Hízole, en efecto, con finísimo hilo unos diminutos calcetines, que el inglés se llevó a su país encantado de la amabilidad de Fernán-Caballero.

Luis Coloma

(Recuerdos de Fernán-Caballero).

LA HORMIGUITA

HABÍA vez y vez una hormiguita tan primorosa, tan concertada, tan hacendosa, que era un encanto. Un día que estaba barriendo la puerta de su casa se halló un ochavito. Dijo para sí:

—¿Qué haré con este ochavito? ¿Compraré piñones? No, que no los puedo partir. ¿Compraré merengues? No, que es una golosina.

Pensólo más, y se fué a una tienda donde compró un poco de arrebol, se lavó, se peinó, se aderezó, se puso su colorete, y se sentó en la ventana. Ya se ve; como que estaba tan acicalada y tan bonita, todo el que pasaba

se enamoraba de ella. Pasó un toro y la dijo:

—Horniguita: ¿te quieres casar conmigo?

—¿Y cómo me enamorarás?—respondió la horniguita.

El toro se puso a mugir; la hormiga se tapó los oídos con ambas patas.

—Sigue tu camino—le dijo al toro —que me asustas, me asombras y me espantas.

Y lo propio sucedió con un perro que ladró, un gato que maulló, un cochino que gruñó, un gallo que cacareó. Todos causaban alejamiento a la hormiga; ninguno se ganó su voluntad, hasta que pasó un ratonpérez¹ que la supo enamorar tan fina y delicadamente, que la horniguita le dió su manita negra. Vivían como

¹ Ratonpérez es un bichito gris muy inofensivo, tímido, que no hace ruido y sólo sabe huir.

tortolitas, y tan felices, que de eso no se ha visto desde que el mundo es mundo.

Quiso la mala suerte que un día fuese la hormiguita sola a misa, después de poner la olla que dejó al cuidado de ratonpérez, advirtiéndole, como tan prudente que era, que no menease la olla con la cuchara chica, sino con el cucharón; pero el ratonpérez hizo, por su mal, lo contrario de lo que le dijo su mujer: cogió la cuchara chica para menear la olla, y así fué, que sucedió lo que ella había previsto. Ratonpérez, con su torpeza, se cayó en la olla, como en un pozo, y allí murió ahogado.

Al volver la hormiguita a su casa, llamó a la puerta. Nadie respondió ni vino a abrir. Entonces se fué a casa de una vecina para que la dejase entrar por el tejado. Pero la vecina no quiso, y tuvo que mandar por el cerrajero que le descerrajase la puerta.

Fuése la hormiguita en derecha a la cocina; miró la olla y allí estaba, ¡qué dolor! el ratonpérez ahogado, dando vueltas sobre el caldo que hervía. La hormiguita se echó a llorar amargamente. Vino el pájaro y la dijo:

—¿Por qué lloras?

Ella respondió:

—Porque ratonpérez se cayó en la olla.

—Pues yo, pajarito, me corto el piquito.

Vino la paloma, y la dijo:

—¿Por qué, pajarito, te has cortado el pico?

—Porque el ratonpérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora.

—Pues yo, la paloma, me corto la cola.

Dijo el palomar:

—¿Por qué tú, paloma, cortaste tu cola?

—Porque ratonpérez se cayó en la

olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora, y que el pajarito cortó su piquito, y yo, la paloma, me corto la cola.

—Pues yo, palomar, me voy a derribar.

Dijo la fuente clara:

—¿Por qué, palomar, te vas a derribar?

—Porque el ratonpérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora, y que el pajarito cortó su piquito, y que la paloma se corta la cola, y yo, palomar, voime a derribar.

—Pues yo, fuente clara, me pongo a llorar.

Vino la Infanta a llenar la cántara.

—¿Por qué, fuente clara, te pones a llorar?

—Porque el ratonpérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora, y que el pajarito se cortó el piquito, y que la paloma se corta la cola, y que el palomar fuése a de-

rribar, y yo, fuente clara, me pongo a llorar.

—Pues yo, que soy Infanta, romperé mi cántara.

Y yo, que lo cuento, acabo en lamento, porque el ratonpérez se cayó en la olla, ¡y que la hormiguita lo siente y lo llora!

LA NIÑA DE LOS TRES MARIDOS

HABÍA un padre que tenía una hija muy hermosa, pero muy voluntariosa y terca. Se presentaron tres novios, a cual más apuestos, que le pidieron su hija; él contestó que los tres tenían su beneplácito, y que preguntaría a su hija a cuál de ellos prefería.

Así lo hizo y la niña le contestó que a los tres.

—Pero, hija, si eso no puede ser.

—Elijo a los tres,—contestó la niña.

—Habla en razón, mujer,—volvió a decir el padre;—¿a cuál de ellos doy el sí?

—A los tres—volvió a contestar la niña, y no hubo quien la sacase de allí.

El pobre padre se fué mohino, y les dijo a los tres pretendientes que su hija los quería a los tres; pero que como eso no era posible, que él había determinado que se fuesen por esos mundos de Dios a buscar y traerles una cosa única en su especie, y aquel que trajese la mejor y más rara, sería el que se casase con su hija.

Pusiéronse en camino, cada cual por su lado, y al cabo de mucho tiempo se volvieron a reunir allende los mares, en lejanas tierras, sin que ninguno hubiese hallado cosa hermosa y única en su especie. Estando en estas tribulaciones, sin cesar de procurar lo que buscaban, se encontró el primero que había llegado, con un

viejecito, que le dijo si le quería comprar un espejito.

Contestó que no, pues que para nada le podía servir aquel espejo tan chico y tan feo.

Entonces el vendedor le dijo que tenía aquel espejo una gran virtud, y era que se veían en él las personas que su dueño deseaba ver, y habiéndose cerciorado de que ello era cierto, se lo compró por lo que le pidió.

El que había llegado el segundo, al pasar por una calle, se encontró al mismo viejecito, que le preguntó si quería comprarle un botecito con bálsamo.

—¿Para qué me ha de servir ese bálsamo?—preguntó al viejecito.

—Dios sabe—respondió éste,—pues este bálsamo tiene una gran virtud, que es la de hacer resucitar a los muertos.

En aquel momento acertó a pasar por allí un entierro; se fué a la caja,

le echó una gota de bálsamo en la boca al difunto, que se levantó tan bueno y dispuesto, cargó con su ataúd y se fué a su casa; lo que visto por el segundo pretendiente, compró al viejecito su bálsamo por lo que le pidió.

Mientras el tercer pretendiente paseaba metido en sus conflictos por la orilla del mar, vió llegar sobre las olas una arca muy grande, y acercándose a la playa se abrió y salieron saltando en tierra infinidad de pasajeros.

El último, que era un viejecito, se acercó a él, y le dijo si le quería comprar aquella arca.

—¿Para qué la quiero yo, —respondió el pretendiente— si no puede servir sino para hacer una hoguera?

—No, señor, —repuso el viejecito, — que posee una gran virtud, pues que en pocas horas lleva a su dueño y a los que con él se embarcan adonde apetecen ir y donde deseen: ello es

cierto; puede usted cerciorarse por estos pasajeros, que hace pocas horas se hallaban en las playas de España.

Cercioróse el caballero, y compró el arca, por lo que le pidió su dueño.

Al día siguiente se reunieron los tres, y cada cual contó muy satisfecho que ya había hallado lo que deseaba y que iba, pues, a regresar a España.

El primero dijo cómo había comprado un espejo, en el que se veía, con sólo desearlo, la persona ausente que se quería ver; y para probarlo, presentó su espejo, deseando ver a la niña que todos tres pretendían.

¡Pero cuál sería su asombro cuando la vieron tendida en un ataúd y muerta!

—Yo tengo,—exclamó el que había comprado el bote,—un bálsamo que la resucitaría; pero de aquí a que lleguemos, ya estará enterrada y comida de gusanos.

—Pues yo tengo,—dijo a su vez el

que había comprado el arca, —un arca que en pocas horas nos pondrá en España.

Corrieron entonces a embarcarse en el arca, y a las pocas horas saltaron en tierra y se encaminaron al pueblo en que se hallaba el padre de su pretendida.

Hallaron a éste en el mayor desconsuelo por la muerte de su hija, que aún se hallaba de cuerpo presente.

Ellos le pidieron que los llevase a verla, y cuando estuvieron en el cuarto en que se encontraba el féretro, se acercó el que tenía el bálsamo, echó unas gotas sobre los labios de la difunta, la que se levantó tan buena y risueña de su ataúd, y volviéndose a su padre, le dijo:

—¿Lo ve usted, padre, cómo los necesitaba a los tres?

BELLA-FLOR

HABÍA una vez un padre que tenía dos hijos; al mayor le tocó la suerte de soldado y fué a América, donde estuvo muchos años. Cuando volvió, su padre había muerto y su hermano disfrutaba del caudal y se había puesto muy rico. Fuese a casa de éste y le encontró bajando la escalera.

—¿No me conoces?—le preguntó.

El hermano le contestó con mala manera que no.

Entonces se dió a conocer, y su hermano le dijo que fuese al granero, que allí hallaría un arca, que era la herencia que le había dejado su padre, y siguió su camino sin hacerle más caso.

Subió al granero y halló un arca muy vieja, y dijo para sí:

—Para qué me puede a mí servir este desvencijado arcón? ¡Pero, anda con Dios! Me servirá para hacer una hoguera y calentarme, que hace mucho frío.

Cargó con él y se fué a su mesón, donde cogió un hacha y se puso a hacer pedazos el arcón, y de un secreto que tenía cayó un papel. Cogiolo y vió que era la escritura de una crecida cantidad que adeudaban a su padre. La cobró y se puso muy rico.

Un día que iba por la calle encontró a una mujer que estaba llorando amargamente. La preguntó qué tenía, y ella le contestó que su marido estaba muy malo, y que no sólo no tenía para curarlo, sino que se lo quería llevar a la cárcel un acreedor, al que no podía pagar lo que le debía.

—No se apure usted—le dijo José;— no llevarán a su marido a la cárcel ni venderán lo que tiene, que yo salgo a todo; le pagaré sus deudas, le costea-

ré su enfermedad y su entierro, si muere, y así lo hizo todo; pero se encontró que cuando el pobre se hubo muerto, después de pagado el entierro no le quedaba un real, habiendo gastado toda su herencia en esa buena obra.

—Y ahora, ¿qué hago?—se preguntó a sí mismo;—¿ahora que no tengo qué comer? Me iré a una corte y me pondré a servir.

Así lo hizo, y entró de mozo en el Palacio del Rey.

Se portó tan bien y el Rey le quería tanto, que le fué ascendiendo hasta que lo hizo su primer gentilhombre.

Entre tanto su descastado hermano había empobrecido, y le escribió pidiéndole que lo amparase; y como José era tan bueno, le amparó, pidiendo al Rey le diese a su hermano un empleo en Palacio, y el Rey se lo concedió.

Vino, pues, pero en lugar de sen-

tir gratitud hacia su buen hermano, lo que sentía era envidia al verlo privado del Rey, y se propuso perderlo. Para eso se puso a inquirir lo que para su intento le importaba averiguar, y supo que el Rey estaba enamorado de la Princesa Bella-Flor, y que ésta, como que era el Rey viejo y feo, no le quería, y se había ocultado en un palacio escondido por esos breñales, nadie sabía dónde. El hermano fué y le dijo al Rey que José sabía dónde estaba la Bella-Flor, y correspondía con ella. Entonces el Rey muy airado mandó venir a José, y le dijo que fuese al momento a traerle la Princesa Bella-Flor, y que si se venía sin ella lo mandaba ahorcar.

El pobre, desconsolado, se fué a la cuadra para para coger un caballo e irse por esos mundos sin saber por dónde tirar para encontrar a Bella-Flor. Vió entonces un caballo blanco, muy viejo y flaco, que le dijo:

—Tómame a mí y no tengas cuidado.

José se quedó asombrado de oír hablar a un caballo; pero montó en él y echaron a andar, llevando tres panes de munición que le dijo el caballo que cogiese.

Después que hubieron andado un buen trecho se encontraron un hormigal, y el caballo le dijo:

—Tira ahí esos tres panes para que coman las hormiguitas.

—Pero ¿para qué—dijo José,—si nosotros los necesitamos?

—Tíraselos—repuso el caballo,—y no te causes nunca de hacer bien.

Anduvieron otro trecho y encontraron a un águila que se había enredado en las redes de un cazador.

—Apéate—le dijo el caballo—y corta las mallas de esa red y libra a ese pobre animal.

—¿Pero vamos a perder el tiempo en eso?—respondió José.

—No le hace; haz lo que te digo y no te canses nunca de hacer bien.

Anduvieron otro trecho y llegaron a un río, y vieron a un pececito que se había quedado en seco en la orilla, y por más que se movía con ansias de muerte, no podía volver a la corriente.

—Apéate—dijo a José el caballo blanco,—coge ese pobre pececito y échalo al agua.

—Pero si no tenemos tiempo de entretenernos—contestó José.

—Siempre hay tiempo para hacer una buena obra—respondió el caballo blanco,—y nunca te canses de hacer bien.

A poco llegaron a un castillo, metido en una selva sombría, y vieron a la Princesa Bella-Flor que estaba echando afrecho a sus gallinas.

—Atiende—le dijo a José el caballo blanco;—ahora voy a dar muchos saltitos y hacer piruetas, y esto le

hará gracia a Bella-Flor; te dirá que quiere montar un rato, y tú la dejarás que monte; entonces yo me pondré a dar coces y relinchos, se asustará, y tú le dirás entonces que eso es porque no estoy hecho a que me monten las mujeres, y montándome tú me amansaré; te montarás, y saldré a escape hasta llegar al Palacio del Rey.

Todo sucedió cual lo había dicho el caballo y sólo cuando salieron a escape conoció Bella-Flor la intención de robarla que había traído aquel jinete.

Entonces dejó caer el afrecho que llevaba al suelo, en que se desperdigó y le dijo a su compañero que se le había derramado el afrecho y que se lo recogiese.

— Allí donde vamos — respondió José — hay mucho afrecho.

Entonces, al pasar bajo un árbol, tiró por alto su pañuelo, que se quedó

prendido en una de las ramas más altas, y dijo a José que se apease y se subiese al árbol para cogérselo; pero José le respondió:

—Allá donde vamos hay muchos pañuelos.

Pasaron entonces por un río y ella dejó caer en él una sortija, y le pidió a José que se apease para cogérsela; pero José le respondió que allí donde iban había muchas sortijas.

Llegaron, por fin, al palacio del Rey, que se puso muy contento al ver a su amada Bella-Flor; pero ésta se metió en un aposento en el que se encerró, sin querer abrir a nadie. El Rey la suplicó que abriese, pero ella dijo que no abriría hasta que le trajesen las cosas que había perdido por el camino.

—No hay más remedio, José—le dijo el Rey,—sino que tú que sabes las que son, vayas por ellas; y si no las traes, te mando ahorcar.

El pobre José se fué muy afligido a contárselo al caballito blanco, el que le dijo:

—No te apures; monta sobre mí, y vamos a buscarlas.

Pusiéronse en camino, y llegaron al hormigal.

—¿Quisieras tener el afrecho?—preguntó el caballo.

—¿No había de querer?—contestó José.

—Pues llama a las hormiguitas y diles que te lo traigan, que si aquél se ha desperdigado, te traerán el que han sacado de los panes de munición, que no habrá sido poco.

Y así sucedió; las hormiguitas, agradecidas a él, acudieron, y le pusieron delante un montón de afrecho.

—¿Lo ves—dijo el caballito—cómo el que hace bien, tarde o temprano recoge el fruto?

Llegaron al árbol al que había echado Bella-Flor su pañuelo, el que

ondeaba como un banderín en una de las ramas más altas.

—¡Cómo he de coger yo ese pañuelo—dijo José—si para eso se necesitaría la escala de Jacob!

—No te apures—respondió el caballito blanco,—llama al águila que libertaste de las redes y ella te le cogerá.

Y así sucedió. Llegó el águila, cogió con su pico el pañuelo, y se lo entregó a José.

Llegaron al río, que venía muy turbio.

—¿Cómo he de sacar esa sortija del fondo de este hondo río, cuando ni se ve, ni se sabe el sitio en que Bella-Flor la echo?—dijo José.

—No te apures—respondió el caballito;—llama al pececito que salvaste, que él te la sacará.

Y así sucedió; y el pececito se zambulló y salió tan contento meneando la cola, con el anillo en la boca.

Volvióse, pues, José muy contento al palacio; pero cuando le llevaron las prendas a Bella-Flor, dijo que no abriría ni saldría de su encierro, mientras no friesen en aceite al pícaro que la había robado de su palacio.

El Rey fué tan cruel que se lo prometió, y dijo a José que no tenía más remedio que morir frito en aceite.

José se fué muy afligido a la cuadra y contó al caballo blanco lo que le pasaba.

—No te apures—le dijo el caballito—móntate sobre mí, correré mucho y sudaré; úntate tu cuerpo con mi sudor, y déjate confiado echar en la caldera, que no te sucederá nada.

Y así sucedió todo; y cuando salió de la caldera, salió hecho un mancebo tan bello y gallardo, que todos quedaron asombrados, y más que nadie Bella-Flor, que se enamoró de él.

Entonces el Rey, que era viejo y feo, al ver lo que le había sucedido a

José, creyendo que a él le sucediese otro tanto, y que entonces se enamoraría de él Bella-Flor, se echó en la caldera y se hizo un chicharrón.

Todos entonces proclamaron por Rey al Chambelán, que se casó con Bella-Flor.

Cuando fué a darle gracias por sus buenos servicios al que todo se lo debía, al caballito blanco, éste le dijo:

—Yo soy el alma de aquel infeliz en cuya ayuda, enfermedad y entierro gastaste cuanto tenías; y al verte tan apurado y en peligro, he pedido a Dios permiso para poder a mi vez acudir en tu ayuda y pagarte tus beneficios. Por eso te he dicho, y te lo vuelvo a decir, que nunca te canses de hacer bien.

EL PÁJARO DE LA VERDAD

ERASE vez y vez un pescador muy pobre, que vivía en una chocita en la orilla de un río, muy claro, muy manso, aunque profundo, el que hu- yendo del sol y de la bulla, se entra- ba por entre árboles, zarzas y cañave- rales, a escuchar a los pajaritos que le alegraban con sus cantos.

Un día que, metido en su lanchita, iba el pescador a echar sus redes, vió bajar pausadamente por la corriente una arquita de cristal. Vogóle al en- cuentro, y ¡cuál no sería su asombro al ver en ella acostados sobre algodo- nes a dos criaturas recién nacidas, niño y niña, al parecer mellizos!

Al pobre pescador le dió mucha lástima de ellos, los recogió y se los

llevó a su mujer, que a la sazón estaba criando.

—¡Eso es!—dijo ésta cuando se los presentó;—tenemos ocho hijos, y como si no tuviésemos bastantes, me traes unos pocos más.

—Mujer,—repuso el pescador,—y ¿qué hacía?... ¿dejaba ir sin proximidad ni caridad ninguna a estos angelitos río abajo a que se muriesen de hambre o a que se los tragase la mar con sus grandes tragaderas? ¡Dios que nos envía estos dos hijos más, cuidará de ayudarnos a criarlos!

Y así sucedió; porque los niños se criaron sanos y robustos a la par de sus otros ocho hijos. Eran ambos tan buenos, tan dóciles y tan compuestitos, que el pescador y su mujer los querían mucho, y de continuo se los ponían por ejemplo a sus otros hijos, por lo cual éstos, envidiosos y enrabiados, les hacían mil injusticias y mil agravios; de manera que huyendo

de estos vejámenes, se iban los huérfanos a refugiarse entre las arboledas y cañaverales de las orillas del río. Divertíanse con los pajaritos, a los que llevaban migajas de pan, y éstos, agradecidos, volaban a su encuentro y les enseñaban la lengua de los pájaros, que aprendieron pronto; y así se entretenían con ellos y les enseñaron muchas cosas muy buenas y muy bonitas, siendo una de ellas el levantarse temprano, y otra el cantar. Un día que estaban los hijos del pescador más rabiosos que nunca, les dijeron a los mellizos:

—Nosotros somos bien nacidos e hijos de cristianos; pero vosotros, con toda vuestra compostura y señorío, sois unos mal nacidos, sin más padre ni más madre que el río, lo propio que los sapos y las ranas.

Al recibir este insulto, los huérfanos, que tenían vergüenza, se atribularon y avergonzaron tanto, que de-

terminaron irse por esos mundos de Dios a buscar a sus padres.

A la madrugada siguiente salieron, pues, sin que nadie los sintiese, y empezaron a caminar... a caminar a la ventura por esos campos. A mediodía no habían vislumbrado pueblo alguno, ni visto alma viviente.

Estaban cansados, sedientos y abatidos, cuando al revolver un montecillo, se encontraron con una casita; pero cuando se llegaron a ella, la hallaron cerrada y ausentes sus dueños.

Entonces, descorazonados, se sentaron a descansar en un poyo que tenía la puerta. A poco rato notaron que se reunían una porción de golondrinas en el ala del tejado, y como son tan picoterías, se ponían a charlar unas con otras. Habiendo ellos aprendido la lengua de los pájaros, entendían lo que decían.

—¡Hola!, comadre de la ciudad—

decía una de ellas que tenía el talante un poco palurdo, a otra que lo tenía muy fino y distinguido;—¡dichosos los ojos que la ven a usted! Pensé que tenía usted a sus amigas del campo olvidadas; ¡ya! ¡Cómo vive usted en un palacio!...

—Heredé el nido de mis padres—contestó la otra,—y como no lo han desvinculado, todavía lo sigo viviendo como usted el suyo. Pero dígame ante todo,—prosiguió con fina política:—¿cómo le va a usted y a toda su familia?

—Bien, a Dios gracias, porque aunque he tenido a mi Beatricilla con una fluxión de ojos, que poco ha faltado para que se me quedase ciega, fuí por nuestro remedio, el *pito-real*, y se mejoró como por ensalmo.

—Pero, ¿qué novedades me cuenta usted, comadre Beatriz? ¿Canta bien el ruiseñor? ¿Se eleva siempre tan airosa la alondra? ¿Se engalana el jilguero?

—Hermana—contestó la interrogada:—no tengo que contar a usted sino puros escándalos. La grey nuestra, que antes era tan inocente y morigerada, está perdida, y va tomando los ejemplos de los hombres. ¡Es un dolor!

—¡Qué! ¿Las buenas costumbres y la inocencia no se encuentran en el campo, ni entre los pájaros? ¡Comadre!, ¿qué me dice usted?

—La verdad pura, y no más; figúrese usted, que al llegar de nuestro viaje aquí, nos encontramos con las currucas, que se van cuando viene la primavera, los días largos y las flores, buscando el frío y los temporales. Al ver esa insensatez, por compasión, las quisimos disuadir, a lo que nos contestaron con la mayor insolencia.

—¿Cómo fué eso?

—Las dijimos:

—¿A dónde vais, locas?

—¿De dónde venís, disolutas,
que fuisteis pocas
y venís muchas?

Esta fué la respuesta que nos dieron, con la que nos hicieron salir los colores a la cara.

—¡Qué oigo!—exclamó su interlocutora.—¿Quién ha osado nunca tacharnos a nosotras, las más honestas y fieles de las aves, de disolutas?

—¿Y qué pensará usted si le digo—prosiguió la primera—que la cogujada, que era tan tímida y tan mujer de bien, se ha hecho una insolente ladrona y que

La cojugada en su trajín,
pica el garbanzo, pica el maíz,
y al sembrador que se enfada
al ver el daño que hace,
le dice muy descarada:
—«Siembra más, que éste no nace».

—¡Estoy atónita!

—Pues no sabe usted de la misa la media. Cuando llegué aquí y quise entrar en mi nido, me encontré en él muy arrellanado a un desvergonzado gorrión.—Este nido es mío—le dije.—¿Tuyo?—me contestó el muy grosero, echándose a reír.—Mío y muy mío.—La propiedad es un robo,—me pitó con coraje.—Señor... ¿está usted en sí?—le dije;—ese nido lo labraron mis abuelos, en él me criaron mis padres, y en él criaré a mis hijos.—No hay familia,—me dijo aquél, emberrenchinado.—Al ver esto, me desmayé, y todas mis compañeras se pusieron a llorar. Cuando volví en mí, nuestros maridos habían echado a aquel pícaro ladrón. Pero usted, hermana, no verá tales escándalos por los palacios.

— ¡Veo otros!... ¡Ay! ¡Si usted supiera!...

— ¡Cuente usted! ¡Cuente usted!—

exclamaron todas las golondrinas, a un tiempo y precipitadamente; y después que el silencio se hubo restablecido, merced a un recio y prolongado *oiid*, que pitó la decana, la palaciega empezó su relato en estos términos:

—Han de saber ustedes que el Rey se enamoró de la más pequeña de las hijas de un sastre, que vivía cerca de palacio, y se casó con ella, y la niña se lo merecía, porque era tan buena como hermosa, y tan humilde como discreta. Sucedió que tuvo que ir el Rey a una guerra, y la Reina quedó para ser madre y con el sentimiento de separarse en aquellas circunstancias de su marido. ¡Con razón lo sentía! Porque los ministros y cortesanos, que no la querían por Reina, por ser hija de un sastre, tramaron perderla; por lo cual, cuando salió de su ocasión, dando a luz unos hermosos mellizos, los muy pícaros escribieron al

Rey que los hijos de la Reina habían sido un gato y una culebra.

Cuando recibió semejante nueva el Rey, furioso y avergonzado, expidió una Real orden que mandaba que tales hijos de la Reina fuesen echados al río, y que fuese ella emparedada. Y así se hizo, la buena Reina fue emparedada y los angelitos, metidos en una arquita de cristal, fueron echados al río.

Las golondrinas, que son tan buenas y tan madreras, se pusieron a lamentarse en coro sobre la suerte de la pobre Reina y de las inocentes criaturas, y los mellizos se miraron asombrados, sospechando si podrían ser ellos aquellos niños abandonados.

La narradora prosiguió:

—Pero oigan ustedes lo que ha permitido Dios para burlar los planes de los malvados. La Reina fué emparedada, pero su ama, que la quería mucho, logró hacer un agujero en la

pared, y por allí la suministraba alimentos, como nosotras a nuestros polluelos, y esta señora vive, aunque una vida de mártir. Los niños fueron recogidos por un buen pescador que los ha criado, según me ha contado un amigo mío, *Martín-pescador*, que está establecido a orillas del río.

Los mellizos que esto oían, estaban enajenados y cada vez más contentos de haber aprendido la lengua de los pájaros; con lo cual se prueba que nunca se deben desperdiciar las ocasiones de aprender, pues cuando menos se piensa, puede sernos de gran utilidad lo aprendido.

—De manera es,—dijeron con alegría las golondrinas,—que cuando esos niños sean mayores, podrán recuperar su puesto al lado de su padre y libertar a su madre.

—Esto no es tan fácil,—repuso la narradora;—porque no podrán identificar su persona, ni probar así la ino-

cencia de su madre, ni la maldad de los ministros, pues sólo hay un medio por el que podían desengañar al Rey.

—¿Y cuál es? ¿cuál es?—preguntaron a una voz todas las golondrinas;—¿cómo lo sabe usted?

—Lo sé—contestó la interrogada,— porque pasando un día por el jardín de palacio, me di de patas a pico con un cucú que, como saben ustedes, es pájaro zahorí, y sabe hasta lo venidero; y discurrendo ambos sobre las cosas de palacio, me dijo lo siguiente:

(Los niños y las golondrinas se pusieron a escuchar con redoblada atención, y hasta las golondrinillas sacaron, con grave riesgo de caerse, su cabecita calva fuera de los nidos, sin que lo notasen sus madres, que a haberlo advertido, les hubiesen dado un picotazo en castigo).

—El solo que puede persuadir al Rey—prosiguió la palaciega—es el *Pájaro de la Verdad*, que habla la

lengua de los hombres, aunque ellos las más veces no saben, o no quieren entenderle.

—Y ese pájaro ¿dónde está?—pregunté yo al cucú.

—Ese pájaro está—contestó—en el castillo de *Irás y no volverás*; ese castillo lo guarda un gigante feroz, que no duerme sino un cuarto de hora en las veinticuatro. Si al despertar alcanza a alguno fuera o dentro del castillo con su tremendo brazo, le echa mano y se lo engulle, lo mismo que nosotras a un mosquito.

—Y ¿dónde está ese castillo?—preguntó la curiosa comadre Beatriz.

—Eso es lo que yo no sé—contestó su amiga;—lo único que sé es que no lejos hay una torre en la que vive una pícara bruja, que es la que sabe el camino, y que lo enseña por tal de que le traigan de la fuente que corre allí, *el agua de muchos colores* que sirve para sus encantos; pero que no

dirá aunque la maten dónde está el *Pájaro de la Verdad*, al cual tiene aborrecido y quisiera matar; pero como a ese pájaro nadie lo puede matar, lo que hace ella y su compadre el gigante es tenerle preso y guardado por los pájaros de la mentira, que le tienen acogotado sin dejarle respirar.

—Pero ¿nadie más le podrá dar razón al pobre niño, si llegase a ir, de dónde tienen escondido al *Pájaro de la Verdad*?—preguntaron las campesinas.

—Nadie — respondió la ciudadana, — sino un piadoso mochuelo que se ha hecho ermitaño en aquella soledad; pero de la lengua de los hombres no sabe más que la palabra ¡cruz! que tan impresa se le quedó cuando presenció en el Calvario la crucifixión del Redentor de los hombres, que no cesa de repetirla tristemente. Así es que no se podrá hacer entender del Príncipe, aun dado el imposible caso

de que por allí fuese. Pero, amigas, quédense ustedes con Dios, que en tan sabrosa plática se me ha pasado la tarde en un decir pipí; el sol va buscando su nido, que tiene hecho de espumas en el fondo del mar, y yo voy a buscar el mío; que mis hijitos me estarán echando de menos. Con Dios... ¡comadre *Beatriiiiiz!*

Diciendo esto la golondrina tomó su vuelo, y los niños, sin sentir con su alegría hambre ni cansancio, se levantaron y siguieron su camino en la dirección del vuelo que había tomado la golondrina.

Al toque de oraciones llegaron a una ciudad que calcularon sería aquella en que moraba su padre. Pidieron a una buena mujer que les diese albergue por aquella noche, lo que ella, viéndolos tan bonitos y tan modositos, les concedió gustosa.

A la mañana siguiente, apenas amaneció, cuando ya estaba la niña

barriendo la casa, y el niño sacando agua y regando el jardín; de manera que cuando la buena mujer se levantó, se encontró las haciendas hechas; por lo cual se mostró tan contenta, que propuso a los niños que se quedasen a vivir con ella. El niño contestó que su hermana lo haría; pero que en cuanto a él le precisaba concluir un negocio para el que había venido allí. Despidióse, pues, y siguió su camino a la buena ventura, pidiendo a Dios guiase sus pasos para llevar a cabo tan arriesgada empresa.

Tres días anduvo por esos andurriales sin encontrar ni vestigio de torre; y al cuarto se sentó triste y desesperanzado a la sombra de un árbol. Sucedió que al cabo de un rato vió llegar a una tortolita, la que se posó en las ramas del árbol. Díjole el niño en su lenguaje:

Tortolita del negro collar,
¿decirme querrás
(¡así goces tu amor por un siglo!)
dónde está el castillo de *Irás*
y no volverás?

—¡Pobre niño!—responde la tórtola.
¿Quién tan mal te quiere
que te envía allá?

—¡Es mi buena o mi mala fortuna!
contesta el rapaz.

—Pues saberlo quieres,—replicale el ave,—
¡sigue al viento, que hoy sopla hacia allá!

El niño le dió las gracias, y se puso en seguida en camino, temiendo que al viento, como es tan voluntarioso y mudable, le diese gana de cambiar de rumbo.

El campo cada vez se hizo más árido y triste, y al anochecer divisó entre sombras y desnudas rocas una mole más negra que ambas, que era la torre en que moraba la bruja. Su vista amedrentaba; pero como el niño estaba animoso, como todo el que lleva por objeto un buen propósito, si-

guió impávido, y llegado que hubo, tomó una piedra, y con ella tocó tres golpes a la puerta, que repitieron las concavidades de las peñas, como suspiros arrancados de sus entrañas.

Abrióse la puerta, y apareció en el quicio con un candil en la mano que alumbraba su rostro, una vieja tan decrepita y tan horrenda, que el pobre niño dió horrorizado tres pasos atrás.

Rodeábala un ejército de lagartos, salamanquesas, cucarachas, arañas y otras sabandijas.

—¿Cómo te atreves, inmundicia ambulante—exclamó,—a venir a alborotar a mis puertas y a despertarme? ¿Qué quieres? Habla presto.

—Señora—dijo el niño:—sabiendo que sólo vos conocéis el camino que lleva al castillo de *Irás y no volverás*, vengo a que me lo indiquéis, si os place.

La vieja hizo una mueca, que significaba una sonrisa burlona, y respondió:

—Bien; pero ahora es tarde; mañana irás; entra, y dormirás con estas sabandijas.

—No me puedo detener—repuso el niño;—me precisa ir ahora mismo, para regresar antes que sea de día al punto de donde vengo.

—¡Mal perro le muerda y mal gato le arañe al indócil rapaz!—gruñó rabiosa la vieja.—Si te lo digo—añadió—ha de ser con la condición de que me traigas este jarro lleno de *el agua de muchos colores* que brota de la fuente que está en el patio del castillo; y si no me la traes, te convierto en lagartija para toda una eternidad.

—¡Convenidos!—respondió el niño.

Entonces la vieja llamó a un pobre perro muy flaco y muy doliente que tenía, y le dijo:

—Ea, ¡upa! conduce a ese gurrapato al castillo de *Irás y no volverás*, y cuidado que avises a mi compadre su llegada.

El perro gruñó, se sacudió, y se puso en camino.

Al cabo de dos horas llegaron frente a un castillote muy grande, muy negro, muy triste... cuyas puertas estaban abiertas de par en par, pero sin que luz ni ruido alguno indicasen que fuese habitado; hasta los rayos de la luna al resbalar sobre aquella masa oscura y sin vida parecían más pálidos.

El perro se puso a aullar, y siguió adelante; pero el niño, que no sabía si era o no la hora en que dormía el gigante, se paró y se apoyó temeroso y agitado en el tronco de un embebido y *frondio* acebuche, que era el solo árbol que se hallaba en aquella árida y escueta comarca.

—¡Valme mi buen Jesús!—clamó el niño.

—¡Cruz! ¡Cruz!—le respondió una triste voz entre las ramas del olivo silvestre.

El niño reconoció con alborozo al

ermitaño de que había hecho mención la golondrina, y le dijo en la lengua de los pájaros:

—Pobrecito mochuelo, te suplico que me ampires y que me guíes, puesto que vengo en busca del *Pájaro de la Verdad*, y antes tengo que llevar a la bruja de la torre el *agua de los muchos colores*.

—No hagas eso—contestó el mochuelo,—sino llena el jarro de agua clara y pura que brota de un manantial al pie de la fuente del *agua de muchos colores*; en seguida entra en la pajarera, que se halla al frente de la puerta; no escojas ninguno de los pájaros de vistosos colores que te salgan al encuentro y te atolondren gritándote todos a la par, que ellos son el *Pájaro de la Verdad*, sino coge a un pajarito blanco a quien los otros tienen arrinconado, y a quien persiguen sin descanso sin poderle matar, porque no puede morir. Pero... ¡apresúrate!

porque en este instante se acaba de quedar dormido el gigante, y su sueño no dura más que un cuarto de hora.

El niño echó a correr, entró en el patio, donde halló la fuente que tenía muchos caños, por los que vertía agua de distintos colores; pero no los miró, sino que llenó su jarro del manantial de agua clara y pura que brotaba al pie de la fuente, y se encaminó a la pajarera. Apenas entró cuando se vió rodeado de una bandada de pájaros, los unos cuervos negros; otros, pavos reales; otros, chorlitos y todos le aseguraban ser ellos el *Pájaro de la Verdad*; pero el niño no se dejó embaucar, sino siguió derecho, y descubriendo arrinconado al pájaro blanco a quien buscaba, le tomó, le abrigó en su pecho y se salió, no sin llevar sendos picotazos de los enemigos del *Pájaro de la Verdad*.

El niño se encaminó sin dejar de

correr hacia la torre de la bruja. Cuando hubo llegado, la vieja cogió el jarro y le tiró al niño toda el agua que contenía, creyendo que era la de los muchos colores, y que el niño se convertiría en un loro; pero como era agua pura y clara, el niño al recibirla se puso mucho más hermoso. Acudieron en seguida a empaparse en ella todas las sabandijas, que eran las personas que habían ido allí con el mismo intento que había llevado el niño, por lo cual todos los lagartos se volvieron caballeros andantes; las lagartijas, princesas; los grillos, músicos; los cigarrones, danzantes; las chicharras, periodistas; las arañas, doncellas; las curianas, estudiantes; los escarabajos, doctores; los mosquitos, cantantes; las moscas, viudas, y los gorgojos, niños.

Cuando la bruja vió aquello, tomó una escoba, se montó en ella y echó a volar.

Los desencantados, señoras, señores y niños, dieron gracias a su libertador, y cada cual tiró por su lado.

Cual sería la alegría de su hermana al ver llegar al niño con el *Pájaro de la Verdad*, fácil es de suponer; pero quedaba una cosa muy difícil y era hacer penetrar al *Pájaro de la Verdad* hasta el Rey, sin que lo impidiesen aquellos cortesanos que estaban interesados en que no llegase a saberla ni a descubrir el gran delito que habían cometido.

Hubo más. Habiendo cundido por la Corte que en ella se encontraba el *Pájaro de la Verdad*, fué tal el susto que inspiró esta noticia, que pocos eran los que dormían tranquilos.

Se prepararon contra él toda clase de armas, a cuál más afiladas, a cuál más emponzoñadas; se proporcionaron halcones para perseguirlo; jaulas, calabozos en que encerrarlo, si matarlo no lograban; se le difamó di-

ciendo que su blancura era hipócrita afeite con que encubría su negro plumaje; se le deprimió y ridiculizó de todas maneras, con talento y sin él. Al fin tanto se habló del *Pájaro de la Verdad*, que llegó esta nueva a los oídos del Rey, que se empeñó en verle; y por más que las intrigas de la gente de la Corte lo quisieron impedir, S. M. mandó terminantemente que se echase un pregón que hacía saber que aquel que tuviese en su poder al *Pájaro de la Verdad*, le presentase sin detención al Rey.

El niño, que no deseaba otra cosa, acudió a palacio llevando en su pecho al *Pájaro de la Verdad*; pero, como es de suponer, no le quisieron dejar entrar los cortesanos.

Entonces el pajarito se echó a volar, se entró en las estancias reales por un balcón, se presentó al Rey y le dijo: —Señor: yo soy el *Pájaro de la Verdad*; al niño que me trae en su

pecho no le han querido dejar entrar los cortesanos de V. M.

El Rey mandó luego que subiese el niño, que lo hizo con su hermanita, a quien había llevado consigo. Luego que estuvieron en su presencia les preguntó el Rey quiénes eran.

—Que se lo diga a Vuestra Real Majestad el *Pájaro de la Verdad*—contestó el niño.

E interrogado éste por el Rey, le respondió que aquellos niños eran sus propios hijos, y le relató cuanto había sucedido.

Apenas se enteró el Rey de tan inicua trama, cuando estrechó con lágrimas de gozo a los niños en sus brazos; mandó venir a albañiles, que abrieron el hueco en el que por tantos años había estado emparedada la buena Reina, y del cual salió la pobrecita tan blanca, que parecía una Reina de mármol; pero apenas vió a sus hijos, cuando brotó a sus mejillas

la sangre de su corazón y se puso más hermosa que nunca lo había estado. El Rey la abrazó y la sentó en el trono, y a su lado los Príncipes sus hijos. Mandó venir al buen pescador, al que hizo jefe del Ministerio de la Pesca; a la fiel y bondadosa ama se la jubiló, se la sentó en un sillón de muelles, con un rosario en una mano y un abanico en la otra, y se la nombró *Duquesa de la Huelga*. Repartiéronse muchas gracias y dones, y yo fuí y vine y no me dieron nada.

LOS DESEOS

HABÍA un matrimonio anciano que, aunque pobre, toda su vida se la había pasado muy bien trabajando y cuidando de su pequeña hacienda. Una noche de invierno estaban sentados marido y mujer a la lumbre de

su tranquilo hogar en amor y compañía, y en lugar de dar gracias a Dios por el bien y la paz de que disfrutaban, estaban enumerando los bienes de mayor cuantía que lograban otros y deseando gozarlos también.

—¡Si yo, en lugar de mi hacecilla—decía el viejo,—que es de mal terruño y no sirve sino para revolcadero de un burro, tuviese el rancho del tío Polainas!

—¡Y si yo—añadía su mujer,—en lugar de ésta, que está en pie porque no le han dado un empujón, tuviese la casa de nuestra vecina que está en primera vida!

—¡Si yo—proseguía el marido—, en lugar de la burra, que no puede ya ni con unas alforjas llenas de humo, tuviese el mulo del tío Polainas!

—¡Si yo—añadió la mujer—pudiese matar un puerco de 200 libras como la vecina! Esa gente para tener las cosas no tienen sino desearlas. ¡Quién

tuviera la dicha de ver cumplidos sus deseos!

Apenas hubo dicho estas palabras, cuando vieron que bajaba por la chimenea una mujer hermosísima; era tan pequeña, que su altura no llegaba a media vara; traía, como una Reina, una corona de oro en la cabeza. La túnica y el velo que la cubrían eran diáfanos y formados de blanco humo, y las chispas que alegres se levantaron con un pequeño estallido, como cohetitos de fuego de regocijo, se colocaron sobre ellos salpicándolos de relumbrantes lentejuelas. En la mano traía un cetro chiquito de oro, que remataba en un carbunco deslumbrador.

—Soy el Hada Fortunata—les dijo;—pasaba por aquí y he oído vuestras quejas; y ya que tanto ansiáis por que se cumplan vuestros deseos, vengo a concederos la realización de tres: uno a tí—dijo a la mujer;—otro

a tí—dijo al marido,—y el tercero ha de ser mutuo y en él habéis de convenir los dos; este último lo otorgaré en persona mañana a estas horas que volveré; hasta allá tenéis tiempo de pensar cuál ha de ser.

Dicho que hubo esto, se alzó entre las llamas una bocanada de humo, en la que la bella hechicera desapareció.

Dejo a la consideración de ustedes la alegría del buen matrimonio y la cantidad de deseos que, como pretendientes a la puerta de un Ministro, les asediaron a ellos. Fueron tantos que, no acertando a cuál atender, determinaron dejar la elección definitiva para la mañana siguiente y toda la noche para consultarla con la almohada, y se pusieron a hablar de otras cosas indiferentes.

A poco recayó la conversación sobre sus afortunados vecinos.

--Hoy estuve allí; estaban haciendo las morcillas—dijo el marido;

¡pero qué morcillas! daba gloria verlas.

—¡Quién tuviera una de ellas aquí—repuso la mujer—para asarla sobre las brasas y cenárnosla!

Apenas lo había dicho, cuando apareció sobre las brasas la morcilla más hermosa que hubo, hay y habrá en el mundo.

La mujer se quedó mirándola con la boca abierta y los ojos asombrados. Pero el marido se levantó desesperado, y dando vueltas por el cuarto, se arrancaba el cabello, diciendo:

—Por tí, que eres más golosa y comilona que la tierra, se ha despericiado uno de los deseos. ¡Mire usted, señor, qué mujer esta! ¡más tonta que un habar! Esto es para desesperarse; ¡reniego de tí y de la morcilla, y no quisiese más sino que se te pegase a las narices!

No bien lo hubo dicho, cuando ya estaba la morcilla colgando del sitio indicado.

Ahora tocó el asombrarse al viejo y desesperarse a la vieja.

—Te luciste, mal hablado—exclamaba ésta haciendo inútiles esfuerzos por arrancarse el apéndice de las narices; — si yo empleé mal mi deseo, al menos fué en perjuicio propio y no en perjuicio ajeno; pero en el pecado llevas la penitencia, pues nada deseo, ni nada desearé, sino que se me quite la morcilla de las narices.

—Mujer, por Dios; ¿y el rancho?

—Nada.

—Mujer, por Dios; ¿y la casa?

—Nada.

—Desearemos una mina, hija, y te haré una funda de oro para la morcilla.

—Ni que lo pienses

—Pues qué ¿nos vamos a quedar como estábamos?

—Este es todo mi deseo.

Por más que siguió rogando el marido, nada alcanzó de su mujer, que

estaba por momentos más desesperada con su doble nariz, y apartando a duras penas al perro y al gato que se querían abalanzar a ella.

Cuando a la noche siguiente se apareció el Hada y le dijeron cuál era su último deseo, les dijo:

—Ya veis cuán ciegos y necios son los hombres creyendo que la satisfacción de sus deseos les ha de hacer felices.

No está la felicidad en el cumplimiento de los deseos, sino que está en no tenerlos; que rico es el que posee, pero feliz el que nada desea.

EL CARLANCO¹

ERA vez y vez una cabra, muy mujer de bien, que tenía tres chivitas que había criado muy bien, y metiditas en su casa.

En una ocasión en que iba por los montes, vió a una avispa que se estaba ahogando en un arroyo; le alargó una rama y la avispa se subió en ella y se salvó.

—¡Dios te lo pague!, que has hecho una buena obra de caridad,—le dijo la avispa a la cabra.—Si alguna vez me necesitas, ve a aquel paredón derrumbado, que allí está mi convento. Tiene éste muchas celditas que no

¹ El Carlanco pertenece a la familia de los pavorosos y fantásticos monstruos del Cancón, del Bú y del Coco.

están enjalbegadas, porque la comunidad es muy pobre y no tiene para comprar la cal. Pregunta por la madre abadesa, que esa soy yo, y al punto saldré y te serviré de muy buen agrado en lo que me ocupes.

Dicho lo cual, echó a volar cantando maitines.

Pocos días después les dijo una mañana temprano la cabra a sus chivitas:

—Voy al monte por una carguita de leña; vosotras encerraos, atrancad bien la puerta, y cuidado con no abrir a nadie, porque anda por aquí el Carlanco. Sólo abriréis cuando yo os diga.

¡Abrid, hijitas, abrid!

Que soy la madre que os parí.

Las chivitas, que eran muy bien mandadas, lo hicieron todo como se lo había encargado su madre.

Y cate usted ahí que llaman a la

puerta, y que oyen una voz como la de un becerro, que dice:

¡Abrid, que soy el Carlanco,
que montes y peñas arranco!

Las cabritas, que tenían su puerta muy bien atrancada, le respondieron desde adentro:

¡Ábrela, guapo!

Y como no pudo, se fué hecho un veneno, y prometiéndoles que se la habían de pagar.

A la mañana siguiente fué y se escondió, y oyó lo que la madre les dijo a las chivitas, que fué lo propio del día antes. A la tarde se vino muy de quedito, y remedando la voz de la cabra, se puso a decir:

¡Abrid, hijitas, abrid!
Que soy la madre que os parí.

Las chivitas, que creyeron que era su madre, fueron y abrieron la puer-

ta, y vieron que era el mismísimo Carlanco en propia persona.

Echáronse a correr, y se subieron por una escalera de mano al sobrado, y la tiraron tras sí; de manera que el Carlanco no pudo subir. Este, enrabiado, cerró la puerta, y se puso a dar vueltas por la estancia, pegando unos bufidos y dando unos resoplidos, que a las pobres cabritas se les helaba la sangre en las venas.

Llegó en esto su madre, que les dijo:

¡Abrid, hijitas, abrid!

Que soy la madre que os parí.

Ellas desde su sobrado le gritaron que no podían, porque estaba allí el Carlanco.

Entonces la cabrita soltó su carguita de leña, y como las cabras son tan ligeras, se puso más pronto que la luz en el convento de las avispas, y llamó.

—¿Quién es?—preguntó la tornera.

—Madre: soy una cabrita para servir a usted.

—¿Una cabrita aquí, en este convento de avispas descalzas y recoletas? ¡Vaya! ni por pienso. Pasa tu camino y Dios te ayude,—dijo la tornera.

—Llame usted a la madre abadesa, que traigo prisa—dijo la cabrita;—si no voy por el abejaruco, que le ví al venir por acá.

La tornera se asustó con la amenaza, y avisó a la madre abadesa, que vino, y la cabrita le contó lo que pasaba.

—Voy a socorrerte, cabrita de buen corazón—le dijo;—vamos a tu casa.

Cuando llegaron, se coló la avispa por el agujero de la llave, y se puso a picar al Carlianco, ya en los ojos, ya en las narices, de manera que lo desatentó, y echo a correr que echaba incendios; y yo

Pasé por la cabreriza,
y allí me dieron dos quesos:
uno para mí, y el otro
para el que escuchare aquesto.

BENIBAIRE

HABÍA una vez tres cabritas muy
pobrecitas, y la mayor dijo:

—¿Qué haremos?

La segunda contestó:

—No lo sé.

Y la tercera dijo:

—Yo sí que lo sé. Vamos a casa de
Benibaire, y hurtaremos tres cantaritos de aceite.

—Bien lo has pensado—contestaron las otras.—Vamos allá.

Después de andar una legua, sintieron una voz que decía:

—Bé, bé.

Vieron un gran carnero, se asustaron, y echaron a huir.

Huir, huir,
Que nos va a embestir.

Pero el carnero les gritó:

—No os asustéis, ¿adónde vais?

Ellas le contestaron:

—A casa de Benibaire a hurtar
tres cantaritos de aceite.

—¿Queréis que vaya?—dijo el car-
nero.

Le respondieron:

—Ven.

Anduvieron una legua y oyeron
una voz que dijo:

—Miau, miau.

Y vieron un gato negro muy gran-
de, se asustaron y echaron a huir,
diciendo:

Huir, huir,
que nos va a arañar.

Pero el gato les gritó:

—No os asustéis! no os arañaré;
¿adónde vais?

—A casa de Benibaire a hurtar tres cantaritos de aceite.

—¿Queréis que vaya?

—Ven.

Anduvieron otra legua y oyeron una voz que gritaba:

—Quiquiriquí.

Y vieron a un gallo muy fiero, se asustaron, y echaron a correr, diciendo:

Huir huir,
Que nos picará.

Díjoles el gallo:

—No os asustéis; no os picaré.
¿Dónde vais?

—A casa de Benibaire, a hurtar tres cantaritos de aceite.

—¿Queréis que vaya?

—Ven.

Anduvieron otra legua y se encontraron un montón de estiércol; se asustaron, y echaron a huir, diciendo:

Huir, huir,
que nos ensuciará.

Dijo el estiércol:

—No tengáis miedo: no os ensuciaré; ¿adónde vais?

—A casa de Benibaire a hurtar tres cantaritos de aceite.

—¿Queréis que vaya?

—Ven.

Anduvieron otra legua y se encontraron una aguja capotera; se asustaron y dijeron:

Huir, huir,
Que nos pinchará.

Dijo la aguja:

—No tengáis miedo, que no os pincharé; ¿dónde vais?

—A casa de Benibaire a hurtar tres cantaritos de aceite.

—¿Queréis que vaya?

Ven.

Anduvieron otra legua y llegaron

a casa de Benibaire; y como era de noche, estaba la puerta cerrada.

—¿Cómo entraremos?—dijeron las cabritas.

A lo que contestó el gallo:

—Yo, gallo gallaso, volaré, y volaré al tejado, y me entraré por la chimenea.

Así lo hizo y les abrió la puerta.

Entraron en la casa y dijeron:

—¿Dónde nos esconderemos?

El gallo dijo:

—Yo ya tengo puesto, me iré al humero.

El gato se escondió en la ceniza; el estiércol en las pajuelas; la aguja se metió en la tohalla y el carnero se metió detrás de la puerta; entonces se fueron las cabritas a las tinajas a sacar el aceite.

Estando sacándolo se les cayó el embudo, y se despertó Benibaire, que dijo:

—¡Ay, Señor! Ladrones han entrado en mi casa.

Se levantó y fué al humero, y miró por el cañón de la chimenea a ver si era de día. Estando mirando, le cayó en los ojos una porquería que el gallo le echó, y se quedó ciego; fué a tientas a buscar las pajuelas para encender luz, y como el estiércol estaba entre ellas, se ensució todas las manos.

—¡Ay, Señor!—dijo—¡qué manos tengo tan sucias!

Y fué a buscar la toalla para limpiarse, y como estaba clavada en ella la aguja capotera, se la clavó; fué a encender luz en el ojo del gato, y éste se abalanzó y lo arañó todo; fué huyendo para salir a la calle, y cuando llegó a la puerta, salió el carnero y le dió una topada por detrás, que lo echó a rodar; se fué al molino huyendo, se cayó en el río y se ahogó, y las cabritas se quedaron hechas amas de la casa, y lo pasaron muy bien, y yo fuí y vine y no me dieron

nada, sino unos zapatitos de cobre, otros de cristal, otros de azúcar y otros de cordobán: éstos me los puse, los de cristal se me rompieron, los de azúcar me los comí, y los de cobre son para tí.

EL ZURRÓN QUE CANTABA

ERASE una madre que no tenía más que una niña, a la que quería muchísimo, porque la niña era muy buena; por lo que le había regalado una gargantilla de coral.

Un día le dijo que fuera por un cantarito de agua a la fuente, que estaba fuera del lugar. Fué la niña y cuando llegó a la fuente se quitó su gargantilla de coral para que no se le cayese en el pilón a tiempo de llenar el cántaro.

Junto a la fuente estaba sentado un

pordiosero viejo muy feo, que llevaba un zurrón, y que miraba a la niña con unos ojos... que le dieron miedo; y apenas llenó el cántaro cuando echó a correr y dejó olvidada la gargantilla.

Al entrar en su casa la echó de menos, y se volvió apresurada a la fuente para buscarla, y cuando llegó estaba todavía allí el viejo, que cogió a la niña y la zampó en el zurrón. En seguida se fué a pedir limosna a una casa, diciendo que traía una maravilla, y era un zurrón que cantaba. Ya se ve; las gentes quisieron oirlo, y el viejo dijo con una voz de trueno:

Zurrón, canta;
si no, te doy con esta lanza.

La pobre niña, muerta de miedo, no tuvo más remedio que ponerse a cantar, lo que hizo llorando, de esta manera:

Por agua fuí a la fuente
que está fuera del lugar,
y perdí mi gargantilla,
gargantilla de coral.
¡Ay la madre de mi alma,
qué enfadada se pondrá!
Volvíme luego a la fuente,
por si podía encontrar
mi perdida gargantilla,
gargantilla de coral.
¡Ay la madre de mi alma,
qué apurada estará!
No encontré mi gargantilla,
gargantilla de coral,
no encontré mi gargantilla
y perdí mi libertad!
¡Ay la madre de mi alma,
qué afligida que estará!

Cantaba tan bien la niña, que a las gentes les gustaba mucho oírla, por lo que en todas partes le daban al viejo mucho dinero por que cantase el zurrón.

Yendo así, de casa en casa, llegó a la de la madre de la niña, y conforme

ésta oyó el canto conoció la voz de su hija y le dijo al pobre:

—Tío: el tiempo está muy malo; el viento arrecia y el agua engorda; quédese usted aquí esta noche recogido, y le daré de cenar.

El pobre vino en ello, y la madre de la niña le dió tantísimo de comer y de beber, que se infló, de manera que después de cenar se quedó más dormido que un difunto.

Entonces sacó la madre del zurrón a su niña, que estaba el alma mía heladita y desfallecida; le dió muchos besos, bizcochos en vino, y la acostó y arropó en la cama, y en el zurrón metió a un perro y a un gato.

A la mañana siguiente dió el viejo las gracias, y se fué tan descuidado. En la primera casa que llegó dijo, como había dicho el día antes al zurrón:

¡Zurrón, canta;
si no, te doy con esta lanza!

Al punto dijo el perro:

Pícaro viejo, uau, uau.

Y el gato:

Perverso viejo, miau, miau.

Enojado el pobre, creyendo que así cantaba la niña, abrió el zurrón para castigarla; entonces salieron rabiando el perro y el gato, y el gato se le abalanzó a la cara y le sacó los ojos, y el perro le arrancó de un mordisco las narices, y...

aunque testigo no he sido,
así me lo han referido.